

Rosendo Maqui y la comunidad

¡Desgracia!

9

Una culebra ágil y oscura cruzó el camino, dejando en el fino polvo removido por los viandantes la canaleta leve de su huella. Pasó muy rápidamente, sin dar tiempo para que el indio Rosendo Maqui empleara su machete. Cuando la hoja de acero fulguró en el aire, ya el largo y bruñido cuerpo de la serpiente ondulaba perdiéndose entre los arbustos de la vera.

¡Desgracia!

Rosendo guardó el machete en la vaina de cuero sujeta a un delgado cincho que negreaba sobre la coloreada faja de lana y se quedó, de pronto, sin saber qué hacer. Quiso al fin proseguir su camino, pero los pies le pesaban. Se había asustado, pues. Entonces se fijó en que los arbustos formaban un matorral donde bien podía estar la culebra. Era necesario terminar con la alimaña y su siniestra agorería. Después de quitarse el poncho para maniobrar con más desenvoltura en medio de las ramas, y las ojotas para no hacer bulla, dio un táctico rodeo y penetró blandamente, machete en mano, entre los arbustos. Si alguno

de los comuneros lo hubiera visto en esa hora, en mangas de camisa y husmeando con un aire de can inquieto, quizá habría dicho: «¿Qué hace ahí el anciano alcalde? No será que le falta el buen sentido».

Maqui hurgó con renovado celo, pero, en definitiva, no pudo encontrar a la aviesa serpiente. Salió del matorral y, después de guardarse de nuevo el machete, se colocó las prendas momentáneamente abandonadas y continuó la marcha.

10

—¡Desgracia!

Tenía la boca seca, las sienes ardientes y se sentía cansado. Esa búsqueda no era tarea de fatigar y considerándolo tuvo miedo. Su corazón era el pesado, acaso. Encontró a poco un muriente arroyo que arrastraba una diáfana agüita silenciosa y, ahuecando la falda de su sombrero de junco, recogió la suficiente para hartarse a largos tragos. El frescor lo reanimó y reanudó su viaje con aliviado paso.

¡Desgracia! ¡Desgracia!

Rosendo Maqui volvía de las alturas, adonde fue con el objeto de buscar algunas yerbas que la curandera había recetado a su vieja mujer. En realidad, subió también porque le gustaba probar la gozosa fuerza de sus músculos en la lucha con las escarpadas cumbres y luego, al dominarlas, llenarse los ojos de horizontes. Amaba los amplios espacios y la magnífica grandeza de los Andes. Él los contemplaba desde una de las lomas del Rumi, cerro rematado por una cima de roca azul que apuntaba al

cielo. *Rumi* quiere decir 'piedra' y sus laderas altas estaban efectivamente sembradas de piedras azules, casi negras, que eran como lunares entre los amarillos pajonales silbantes. El cerro Rumi era a la vez arisco y manso, lleno de gravedad y de bondad. El indio Rosendo Maqui creía entender sus secretos físicos y espirituales como los suyos propios.

Volviendo, pues, de esas cumbres, el hombre sentose sobre una inmensa piedra que, al caer de la altura, tuvo el capricho de detenerse en una eminencia. El trigo estaba amarilleando, pero todavía quedaban algunas zonas verdes. Las grávidas espigas se mecían pausadamente produciendo una tenue crepitación. Y, de repente, sintió Rosendo como que el peso que agobiaba su corazón desaparecía y todo era bueno y bello como el sembrío de lento oleaje estimulante. Así tuvo serenidad y consideró el presagio como el anticipo de un acontecimiento ineluctable ante el cual sólo cabía la resignación.

11

Desde donde se encontraba en ese momento, podía ver el caserío, sede modesta de la comunidad de Rumi, dueña de muchas tierras y ganados. El camino bajaba para entrar, al fondo de una hoyada, entre dos hileras de pequeñas casas que formaban lo que pomposamente se llamaba Calle Real. En la mitad, la calle se abría por uno de sus lados, dando acceso a lo que, también pomposamente, se llamaba Plaza. Al fondo del cuadrilátero sombreado por uno que otro árbol, se alzaba una recia capilla. Las casitas, de techos rojos de tejas o grises

de paja, con paredes amarillas o violetas o cárdenas, según el matiz de la tierra que las enlucía, daban, por su parte interior, a particulares sementeras —habas, arvejas, hortalizas—, bordeadas de árboles frondosos, tunas jugosas y pencas azules.

12 Los seres que se habían dado a la tarea de existir allí entendían, desde hacía siglos, que la felicidad nace de la justicia y que la justicia nace del bien de todos. Así lo habían establecido el tiempo, la fuerza de la tradición, la voluntad de los hombres y el seguro don de la tierra. Los comuneros de Rumi estaban contentos de su vida.

El indio Rosendo Maqui estaba encucillado tal un viejo ídolo. Tenía el cuerpo nudoso y cetrino como el lloque —palo contorsionado y durísimo— porque era un poco vegetal, un poco hombre, un poco piedra. Su nariz quebrada señalaba una boca de gruesos labios plegados con un gesto de serenidad y firmeza. Tras las duras colinas de los pómulos brillaban los ojos, oscuros lagos quietos. Las cejas eran una crestería. En sus sienas nevaba como en las del cerro Urpillau. Él también era un venerable patriarca. Desde hacía muchos años, tantos que ya no los podía contar precisamente, los comuneros lo mantenían en el cargo de alcalde, asesorado por cuatro regidores que tampoco cambiaban. Es que el pueblo de Rumi se decía: «El que ha dao güena razón hoy, debe dar güena razón mañana», y dejaba a los mejores en sus puestos. Rosendo Maqui había gobernado demostrando ser avisado y tranquilo, justiciero y prudente.

Su anciana mujer, Pascuala, se había puesto muy enferma en los últimos tiempos y decía a menudo que se iba a morir. Envueltas en un pañuelo rojo —el pequeño atado cuelga junto al machete—, le lleva las yerbas recetadas por la curandera Nasha Suro: huarajo, cola de caballo, supiquegua, culén. Se guardaban un afecto tranquilo. Ahora, es decir. No había sido así siempre. En su mocedad se amaron de igual modo que ama al agua la tierra ávida. Habían tenido cuatro hijos y tres hijas. Abram, el mayor, era un diestro jinete; el segundo, Pancho, amansaba toros con mano firme; Nicasio, que le seguía, labraba bateas y cucharas de aliso que eran un primor, y el último, Evaristo, algo entendía de acerar barretas y rejas de arado. Estas resultaban, en verdad, sus habilidades adicionales. Todos eran agricultores y sus vidas tenían que ver, en primer lugar, con la tierra. Se habían casado y puesto casa aparte. En cuanto a las hijas, Teresa, Otilia y Juanacha, ya estaban casadas también. Como conviene a la mujer, sabían hilar, tejer y cocinar y, desde luego, parir robustos niños.

13

No contaba a los hijos muertos por la peste. Pero consideraba todavía al cholo Benito Castro, a quien crio como hijo y se había marchado hacía años. Pata de perro¹ resultó el tal y se iba siempre para retornar a la casa, hasta que una vez, mediando una desgracia, desapareció. Bien mirado, estimaba también como hijo al arpista Anselmo, tullido a quien hizo lugar en su vivienda desde

¹ Expresión popular. Designa a la persona que le gusta pasear o deambular sin permanecer mucho en un solo sitio.

que se quedó huérfano. Tocaba muy dulcemente mientras anochecía.

14 El anciano Chauqui contó un día algo que también le contaron. Antes todo era comunidad. No había haciendas por un lado y comunidades acorraladas por otro. Pero llegaron unos foráneos que anularon el régimen de comunidad y comenzaron a partir la tierra en pedazos y a apropiarse de esos pedazos. Los indios tenían que trabajar para los nuevos dueños. Entonces los pobres —porque así comenzó a haber pobres en este mundo— preguntaban: «¿Qué de malo había en la comunidad?». Nadie les contestaba o por toda respuesta les obligaban a trabajar hasta reventarlos. Los pocos indios, cuya tierra no había sido arrebatada aún, acordaron continuar con su régimen de comunidad, porque el trabajo no debe ser para que nadie muera ni padezca, sino para dar el bienestar y la alegría. Ese era, pues, el origen de las comunidades y, por lo tanto, el de la suya. El viejo Chauqui había dicho además: «Cada día, pa pena del indio, hay menos comunidades. Yo he visto desaparecer a muchas arrebatadas por los gamonales. Se justifican con la ley y el derecho. ¡La ley!; ¡el derecho! ¿Qué sabemos de eso? Cuando un hacendao habla de derecho es que algo está torcido, y si existe ley es sólo la que sirve pa fregarnos. Ojalá que a ninguno de los hacendaos que hay por los linderos de Rumi se le ocurra sacar la ley. ¡Comuneros, témanle más que a la peste!». Chauqui era ya tierra y apenas recuerdo, pero sus dichos vivían en el tiempo. Si Rumi resistía y la ley le había

propinado solamente unos cuantos ramalazos, otras comunidades vecinas desaparecieron. Cuando los comuneros caminaban por las alturas, los mayores solían confiar a los menores: «Ahí, por esas laderas —señalaban un punto en la fragosa inmensidad de los Andes—, estuvo la comunidad tal y ahora es la hacienda cual». Entonces blasfemaban un poco y amaban celosamente su tierra.

Rosendo Maqui no lograba explicarse claramente la ley. Se le antojaba una maniobra oscura y culpable. Él guardaba un abultado legajo de papeles en los que constaba la existencia legal de la comunidad. No tenía los papeles en su poder por el momento. Don Álvaro Amenábar y Roldán se había presentado ante el juez de Primera Instancia de la provincia reclamando sobre linderos y exigiendo que la comunidad de Rumi presentara sus títulos. Era propietario de Umay, una de las más grandes haciendas de esos lados. Rosendo Maqui había llevado, pues, los títulos y nombrado apoderado general y defensor de los derechos de la Comunidad de Rumi a un tinterillo que lucía el original nombre de Bismarck Ruiz. Era un hombrecillo rechoncho, de nariz colorada, que se hacía llamar «defensor jurídico», a quien encontró sentado ante una mesa atiborrada de papeles en la que había también un plato de carne guisada y una botella de chicha. Él dijo, después de examinar los títulos: «Los incorporaré al alegato. Aquí hay para dejar sentado al tal Amenábar —el tono de agresividad que empleó para nombrar al hacendado complació a Maqui—, y si insiste, el juicio puede

durar un siglo, después de lo cual perderá teniendo que pagar daños y perjuicios». Finalmente, Bismarck Ruiz le refirió que había ganado muchos juicios, que el de la comunidad terminaría al comenzar, es decir, presentando los títulos, y le cobró cuarenta soles.

16 Ahora, envuelto por la frágil luminosidad del atardecer y la emoción oscura del presagio, cierta pena imprecisa tornó a burbujearle en el pecho. Empero, la madurez rumorosa del trigo y el hálito poderoso de la tierra eran un himno a la existencia. Rosendo Maqui se afirmó en la verdad de la tierra y le fue fácil pensar que nada malo sucedería. Si la ley es una peste, Rumi sabía resistir pestes. Lo hizo ya con las que tuvieron forma de enfermedades. Verdad es que se llevaron a muchos comuneros, que el trabajo de cavar tumbas fue tenaz y desgarrado el llanto de las mujeres, pero los que lograron levantarse de la barbacoa, o se mantuvieron en pie durante el azote, comenzaron a vivir con nueva fuerza. Con los años, el recuerdo de la mortandad fue el de una confusa pesadilla. Tristes y lejanos días. Tanto como Maqui había visto, la viruela llegó, flageló y pasó tres veces. Otra plaga fue la llegada de los azules. Por mucho tiempo se habló de que había guerra con Chile. Dizque Chile ganó y se fue y nadie supo más. Los comuneros no vieron la guerra porque por esos lados nunca llegó. Así fueron los azares de aquellos días. Los colorados estuvieron en Rumi una semana, comiendo tantos carneros y vacas como los azules. Al marcharse dejaron cuatro heridos, de los cuales tres se fueron una vez

sanos y uno, de traza india, se quedó en la comunidad al enredarse con una viuda. San Isidro les supo perdonar sus desaires y los curó a todos. No sólo heridos, desgracias y malos recuerdos dejaron los montoneros en Rumi. También dejaron hijos. La femineidad de las mocitas triunfó de su íntimo rechazo y, en el tiempo debido, nacieron los niños de sangre extraña, a quienes se llamó Benito Castro, Amaro Santos, Remigio Collantes y Serapio Vargas. Los padres, definitivamente ausentes, tal vez muertos en las guerras civiles, no los verían jamás. El padrastro de Benito no lo quería y andaba con malos modos y castigos injustos —así es el oscuro corazón del hombre— hasta que Rosendo lo llevó a vivir consigo. Él y su mujer lo trataban como a sus propios hijos y Benito creció con ellos diciendo taita, mama y hermanos. Pero su sangre mandaba. Tales recuerdos enternecían a Rosendo Maqui. ¿Por dónde se encontraría Benito? ¿Viviría aún? Esperaba que viviera todavía, lo creía así con el fervor que depara el afecto. Su vieja mujer llegaba a asegurar que cualquier rato asomaría de regreso, alegre y fuerte como si no hubiera pasado nada. Ella rememoraba a su Benito frecuentemente, diciendo que era el hijo que más lágrimas le había costado. Quizá por eso lo quería más intensamente, con esa ternura honda que produce en las madres el pequeño travieso y el mozo cerril en quien se advierte al hombre cuyo carácter hará de su existencia una dura batalla.

17

Oscurece lentamente. El trugal se vuelve una convulsionada laguna de aguas prietas y, en la hoyada, el caserío ha

desaparecido como tragado por un abismo. Maqui lo miró con tristeza. Los fogones ardían vivamente y su rojo fulgor rompía la impresión desolada que produce la sombra. Esta se había enseñoreado del cielo y de toda la tierra, apagando las llamas crepusculares que momentos antes tostaban los picachos. Ahora Maqui pensaba de nuevo en Benito. Él tornaba insistentemente a su imaginación. Acaso la culebra trazó la negación de su luto sobre esa gallarda existencia. Acaso... Eran grandes sus mandíbulas, un bigotillo indómito se le erizaba sobre el labio ancho y los ojos negros le brillaban con esa fiereza alegre del animal criado a todo campo. Tenía el tórax amplio, las piernas firmes y las manos duras. Oficiaba de amansador de potros y repunte-ro. ¿Por dónde andaría?

Rosendo Maqui baja de la piedra y toma a paso lento el sendero que se bifurca por una loma aguda llamada Cuchilla y parte en dos el trigal. Las espigas crepitan gratamente y por ahí, sin que se pudiera precisar dónde, cerca, lejos, grillos y cigarras parlan repitiendo sin duda el diálogo de una antigua conseja que Maqui conoce. De pronto, un grito se extendió en la noche estremeciendo la densidad de las sombras y buscando la atención de los cerros:

—Rosendoooo..., taita Rosendooooo...

Las peñas contestaron y la voz repetida se fue apagando, apagando, hasta consumirse, y Maqui apuró el paso, aguzando la mirada para no resbalar ni tropezar. Le dolían un poco sus ojos fatigados. Un bulto oscuro y